

ta alguna guerra, el rey de México comunicaba sus órdenes á los *calpixque*, fijando el número de hombres con que la ciudad había de contribuir y para cuándo debían estar listos. Informados los oficiales y jefes por su orden, nombraban los capitanes, caballeros y soldados, los municionaban y avituallaban, y organizados en capitanías les hacían marchar á un cierto lugar determinado. Aquí se juntaban los contingentes de los reinos aliados de Texcoco y Tlacopan, con los auxilios pedidos á las provincias amigas ó tributarias. Antes de abandonar la ciudad traían al templo la leña para alimentar el fuego sagrado durante su ausencia, se sacrificaban el cuerpo delante de los dioses, y los sacerdotes invocaban y hacían sacrificios á Huitzilopochtli. Teníase cuidado que el día de la marcha no fuera aciago, y algunos ministros tomaban las armas uniéndose á los guerreros, ya para cumplir sus deberes sacerdotales, ya para amonestar é infundir ánimo en los combatientes.

Sin duda que el ejército estaba sujeto á una distribución calculada. Muñoz Camargo (1) asegura que se dividía en batallones de cien hombres; Clavigero (2) afirma, que cuando el ejército era numeroso, se formaban divisiones de á *xiquipilli* ú ocho mil hombres; el Conquistador anónimo (3) menciona compañías con armas blancas y encarnadas, azules y amarillas, y otras de diversas maneras. Organizada la fuerza, el fardaje era conducido por cargadores ó *tamene*, y abultaban el número los muchachos reclutas que iban en seguimiento de los veteranos. Uníanse siempre, para las expediciones lejanas y de provecho, gran cantidad de voluntarios, que viviendo sólo de los despojos de la guerra, la hacían por su cuenta, distinguiéndose más que ningunos por su inclinación al desorden y al saqueo.

Ampliamente informados estaban los méxica, por medio de sus mercaderes, de los recursos en todo género de las provincias independientes; además, ántes de emprender una expedición tenían siempre exploradores sobre el campo enemigo. Estos espías se llamaban *quimichin*, raton; vestidos como sus contrarios y afectando su lenguaje y costumbres, traían noticia cierta del nú-

(1) Hist. de Tlaxcalla. MS.

(2) Hist. antig., tom. I, pág. 335.

(3) En Garfía Icazbalceta, Doc. tom. I, pág. 372.

mero de los guerreros, de las fortificaciones de los pueblos, y croquis é informes de los caminos y puntos difíciles del tránsito. El *quimichin* era recompensado con una suerte de tierra, si su dicho era verdadero; mas si era falso y se descubría que era traidor, llevado á la plaza le cortaban el cuerpo poco á poco á pedazos, repartían los trozos por barrios y lugares públicos, haciendo esclavos á los parientes en primero y segundo grado, y á cuantos supieron y no denunciaron la traición. (1)

El ejército marchaba dividido por nacionalidades. Pernoctando en el campo; formaban chozas de enramadas para los principales, y el comun dormía á cielo raso; en país enemigo el campamento quedaba fortificado con obras pasajeras, derramándose á lo lejos velas, escuchas y corredores. Tezozomoc y Durán nos informan que, cuando el ejército se aposentaba en las cercanías de un pueblo, los moradores le traían víveres, regalos y aún obsequios de mujeres; caso de no cumplir con esta gabela, la población era puesta á saco, las hembras sufrían la brutalidad de los soldados.

Torquemada (2) relata que la batalla tenía lugar en un campo eriazado destinado al intento, llamado *yaotlalli*, tierra de guerra ó de batalla. Si nosotros no somos los mal informados, la demarcación del *yaotlalli* era para la guerra sagrada en términos de Tlaxcalla, Huexotzinco, Cholollan y Tlilihquitepec; en las demás conquistas, los invadidos aprovechaban las ventajas sobre los cerros, en las alturas de los desfiladeros, al amparo de las murallas de sus pueblos, ó en la llanura misma. El rumor de la batalla era espantoso. Sonaba la música militar; atronaban los oídos los guerreros dando alaridos, voces feroces de desafío, apellidando México, Texcoco, Tlacopan ó el lugar de donde eran para reconocerse; silbaban agriamente doblando y apretando entre los dedos el labio inferior ó bien con huesos hendidos; ahullaban tapándose y destapándose alternativamente la boca con la palma de la mano. La gente de vanguardia no era la mejor, y comenzaba el conflicto con las hondas y los dardos, (3) arrojando también piedras á mano; cargaban sobre los contrarios, aparen-

(1) Torquemada, lib. XIV, cap. II.

(2) Monarq. Ind., lib. XIV, cap. III.

(3) El P. Mendieta y Torquemada que le copia dicen ambos: "dardos que sacaban con jugaderas y las tiraban muy recias." Refiérense en esto al *atlatl*, llamada por el anónimo ballesta.



taban luego huir, haciendo de nuevo rostro; así escaramuceaban largo rato, hasta que consumida la municion salían de refresco los de lanza y espada, arrodellados entre ellos los de arco; el combate se hacía más y más reñido, tomaban parte por ambos lados las tropas de retaguardia ó reservas, abandonando por último el campo quien se declaraba vencido. Durante la pelea andaban gentes sueltas recogiendo á los heridos, para llevarlos á curar por sus cirujanos.

En las marchas ó en las batallas ponían celadas, ya haciendo grandes hoyos disimulados en que los guerreros se escondían, ya encubiertos éstos bajo yerba ó paja, y cuando los contrarios pasaban creyendo en una segura victoria, les salían á las espaldas haciéndoles pagar cara su confianza. Sobre el campo de batalla se declaraban tributarios los vencidos, estipulándose la cuantía y calidad de los tributos. Si huían eran perseguidos hasta que se sometían. En el asalto de las poblaciones, los vencedores ponían fuego al teocalli principal, siendo ésta la señal de rendimiento. Seguía el saqueo, el incendio de los lugares, el aprovecharse de esclavos, muchas veces sin distincion de sexo ni edad. Muerto el general ó perdido el estandarte dispersábase el ejército, sin que fuerza alguna alcanzara á detener los fugitivos. (1) A esta costumbre debieron su salvacion los castellanos en la célebre batalla de Otompan.

En las guerras de conquista tratábase de destruir al enemigo y de tomarle el mayor número de prisioneros, para sacrificar á los dioses; por esto era reputada mayor hazaña tomar un cautivo, que matar muchos guerreros. En la guerra sagrada exclusivamente se trataba de cojer hombres vivos por ambos contendientes, resultando que sobre el *yaotlalli* quedaban bien pocos cadáveres. Como con justicia observan algunos escritores, esta ciega costumbre salvó de mil peligros á los conquistadores españoles, y el mismo D. Hernando escapó la vida más de una vez, en que debiendo ser muerto, fué sacado vivo de manos de sus cautivadores.

Los muchachos traían tusada la cabeza; á los diez años dejábanles una vedija de cabellos en el cogote llamada *mocuexpaltia*;

(1) Mendieta, lib. II, cap. XXVI. Torquemada, lib. XIV, cap. III. Tezozomoc, Crónica Méx. MS. Ixtlilxochitl, relaciones. MS. Clavigero, tom. I, pág. 334.

á los quince años, en que la vedija estaba ya larga, les decían *cuexpalticuepul*; á los veinte años comenzaban á combatir, puestos entre los veteranos, cuidados é industriados en el ataque y la defensa por quien les servía de maestro. Si varios mancebos juntos cautivaban un hombre, le quitaban el mechon de pelo del cogote, dejándole otro sobre la oreja derecha. Cuando despues de ido dos ó tres veces á la guerra no cautivaba solo ni acompañado, le llamaban por afrenta *cuexpalticacpul*; si se enmendaba, le quitaban la vedija del cogote, poniéndole un casquete de plumas pegado á la cabeza; en caso contrario, le abrían una corona en medio de la cabeza, cosa de suma afrenta, no pudiendo en adelante vestir más que de pita, *ichtli*, quedando relegado entre los plebeyos. (1)

Al cautivo que no se rendía de grado, le desjarretaba el cautivador hiriéndole en el pié ó le inutilizaba un brazo, con herida que no fuera de muerte, para lograr traerle vivo. Estos prisioneros se llamaban *malli*. Si álguien robaba á otro su cautivo, moría por ello. Caso de duda entre dos que disputaban quién había hecho un cautivo, sentenciaba el juez siguiendo la declaracion del prisionero. Nunca se admitía rescate por los cautivos; miéntras mayor señor era, más seguro estaba de perecer en el ara del terrible dios. Al prisionero que lograba huir de la prision en que le tenían, siendo pechero, su señor le daba recompensa de mantas; mas si era soldado valiente, noble ó caballero, los suyos le mataban diciéndole, que pues no había sido cautivador, ni sabido defenderse, debería tener valor para morir sacrificado á los dioses. (2) Sabemos que el cuerpo de la víctima pertenecía al cautivador; siendo muchos los aprehensores, se repartían el cadáver por su orden de esta manera: el primero, el cuerpo, muslo y pierna derecha, el segundo el muslo y pierna izquierda, el tercero el brazo derecho, el cuarto el brazo izquierdo, y luego quinto y sexto dividían ya los brazos en dos partes. (3)

El jóven que por primera vez cautivaba un hombre se decía *telpuchtliitaquiltamani*, mancebo guerrero y cautivador. (4) La lámina LXV del Códice Mendocino presenta sucesivamente los

(1) P. Sahagun, tom. II, pág. 326-31.

(2) Torquemada, lib. XIV, cap. III.

(3) Sahagun, tom. II, pág. 329-30.

(4) P. Sahagun, tom. II, pág. 331.



grados y las divisas que se iban ganando, contados por el número de los prisioneros. En el primero (9 y 10) la manta adornada de los colores y dibujo expresados en la pintura. En el segundo (11 y 12) la manta leonada, con armadura y caperuza roja. En el tercero (13 y 14) la manta roja, avisando el estandarte atado á la espalda, que alcanzaba algun mando en el ejército. Para seguir ganando honores, de aquí adelante era indispensable que el cautivo no fuera soldado comun, sino capitán ó guerrero distinguido; avisa esto la pintura, con la especie de media luna que en la cara presenta el vencido, distintivo usado por los hombres valientes y condecorados. El primer prisionero distinguido (15 y 16) traía la armadura roja con el morrion de los *ocelotl*, tigre. El segundo (17 y 18) daba el dictado de *otomil* y mando en el ejército, como lo avisa el estandarte. Por el tercero se subía á *cuauhtin* (19 y 20) y á general. Ultimo grado era el de Tlacatecatl (21), uno de los generales superiores. Los sacerdotes y novicios alcanzaban tambien distinciones militares. La estampa LXVI nos dice las insignias que obtenía en el primero (1), segundo (2), tercero (3) y cuarto (4) prisionero comun; en el primero (5) y segundo (6) prisioneros distinguidos, por los cuales se llegaba al mando. (1)

Las leyes suntuarias, acerca del vestido, estaban basadas propriamente en los distintivos militares. Ni los señores ni sus hijos podían usar mantas labradas, de colores, joyas y plumajes, mientras no habían hecho una valentía, matando ó cautivando un hombre en la guerra. Los no principales no se podían atar los cabellos como valientes, hasta haber muerto ó preso cuatro hombres. El mismo rey electo, para ser ungido, tenía que salir previamente á la guerra y hacer alguna valentía; los prisioneros que tomaba eran sacrificados con particulares ceremonias. (2) Cada grado tenía determinado vestido, colores y adornos; quien tomaba traje que no le correspondía, moría por ello. El rey usaba una manta blanca y azul, llamada *xihuitimalli*, que era á manera de la púrpura real; al visitar los templos vestía de blanco; en las solemnidades y fiestas variaban los colores segun la etiqueta; en ocasiones públicas se ponía el *copilli*, corona ó diadema, de oro

(1) Véase la explicacion del Códice en Lord Kingsborough.

(2) Torquemada, lib. XIV, cap. IV. Tezozomoc. MS.

y piedras preciosas, blanca y azul como la manta. Los príncipes vestían de *ichtli* ó pita como los *macehualli*, si no habían salido á la guerra; cuando se habían ya distinguido, su traje era blanco con cenefa de colores. Los capitanes traían la insignia dicha *tlachcuauhyo*. Muy honroso era el distintivo llamado *tlacatzinhuqui*, concedido á quien mirando huir á los suyos, con su ejemplo y palabras les hacía volver de nuevo al combate. (1)

El *telpuchtlitaquitlamine* podía teñirse el cuerpo de amarillo, la cara de rojo, con las sienes amarillas; la manta tenía listas de color morado. Al tercer cautivo podía ser elegido para mandar á los mancebos del Telpuchcalli. Al cuarto, le cortaban el cabello, recibiendo título de capitán; podíase sentar en los asientos llamados *icpalli* y alternar con los valientes. Poco importaba ya cautivar guerreros de los otros países, siendo preciso que fueran de los enemigos de casa. Estos alcanzaban el dictado de *cuauhyacatl*, águila que guía, la manta rica llamada *cuechintli* ó la de dos colores *chicoapalnacazminqui* y bezotes verdes y amarillos. (2)

Segun se colige de los materiales que á la vista tenemos, los órdenes militares eran varias. Los *achcauhtin*, príncipes, á la cual correspondían los reyes y personas de sangre real. Los *Cuauhtin*, águilas, para nobles y grandes señores. El nombre *tequihua*, se daba en general á los valientes, y si los caballeros se distinguían entre sus pares, tomaban el apellido de *cuacuauhtin*, que eran los caballeros del sol, ó como les llama Durán, comendadores de las águilas. Estos tenían el pelo de la coronilla de la cabeza atado con una correa roja, de la cual pendían á la espalda tantas borlas encarnadas cuantas hazañas había rematado. Depues de ejecutados veinte hechos gloriosos recibían el apellido de *cuachic*, los rapaban dejándoles un mechón de pelo, grueso como el pulgar, sobre la oreja izquierda, pintándoles la cabeza la mitad azul, la otra mitad roja ó amarilla; se cubrían con un *maxtlatl* galano, y una manta de nequen de red con mallas grandes. Los *cuacuauhtin* no podían huir de diez ni doce hombres; los *cuachic* no debían retroceder ante veinte, por eso estos caballeros iban á la retaguardia del ejército, á fin de sostenerle en las sorpresas y derro-

(1) Torquemada, lib. XIV, cap. V.

(2) P. Sahagun, tom. 2, pág. 331-32.



tas. Los de la clase media y los plebeyos tenían las órdenes de los *ocelotl*, tigre y de los *otomiltl*, otomí. Recibían distintivos de pieles, gozaban de muchas excenciones, entre las cuales se contaba la de tener mancebas, preeminencia bien conforme con soldados. Siguiendo la manera de hablar española, á éstos llaman caballeros pardos. (1)

Durante la paz en los caminos frecuentados, en la guerra hasta la provincia en que se hacía, había establecidos correos, *pain*, para recibir prontas noticias. Dentro del imperio existían á distancias proporcionadas ciertos edificios llamados *techialoyan*, lugar donde se aguarda, en que vivían corredores muy ligeros, siempre dispuestos á ponerse en marcha: desde niños se ejercitaban en la carrera, trepando sin detenerse las cuestas más agrias. Luego que de un lugar quería comunicarse á México alguna noticia ó viceversa, un *pain* recibía de viva voz ó por escrito su despacho; corría sin descanso hasta la próxima posta, en que otro correo recibía el mensaje, y así sucesivamente hasta su destino: dicese que la marcha se estimaba en cuatro ó cinco leguas por hora, rindiendo una jornada de cien leguas en un día y una noche. El servicio de postas se establecía tras el ejército en campaña, no teniendo temor de que los mensajeros fueran detenidos, ni aún en los países extraños, pues eran respetados de todos, gozando de grandes inmunidades. (2)

Denotaba el traje del *pain* el carácter del mensaje de que era portador. El cabello atado con una cinta de color y una manta ceñida al cuerpo, significaba noticias indiferentes, de marchas, movimientos &c. El pelo suelto esparcido sobre el rostro, señal era de desastre; venía sin hablar palabra, entrándose al palacio á dar cuenta á su señor; nada tenían que preguntar las gentes de la ciudad, y entendiendo que los suyos habían sido derrotados se entregaban á duelo y llanto. Grande, por el contrario, era el alborozo, cuando el *pain* llegaba con la rodela embrazada, blandiendo el macuahuitl, trenzado el cabello, ceñido un lienzo blanco, é iba por las calles esgrimiendo y haciendo gentilezas, (3) era señal de victoria.

(1) Durán, segunda parte, cap. XI. MS. Acosta, lib. VI, cap. XXVI.

(2) Torquemada, lib. XIV, cap. I. Acosta, lib. VI, cap. X.

(3) Torquemada, loco cit.

Ganada una batalla, los mensajeros, que entónces tomaban el nombre particular de *tequipantitlanti*, daban la noticia al rey; éste les hacía guardar hasta que se confirmasen las nuevas, pues si salían falsas, recibían aquellos la muerte. El general vencedor contaba los cautivos, separados los de cada nacionalidad ó capitania, y con cuenta y razon cierta enviaba un capitán, que ratificando la noticia por completo, determinaba que el rey diera libertad á los primeros *tequipantitlanti*. (1)

El ejército victorioso era recibido en la ciudad en medio del regocijo público; el monarca recompensaba ámpliamente á los guerreros que se habían distinguido, promovéndolos á los grados que les correspondía. Los prisioneros, recibidos con cierta solemnidad, eran custodiados en los calpulli, para ser sacrificados en la fiesta para que fueron tomados. Al rey se le recibía de una manera espléndida, con todos los honores del triunfo. Caso de un reves, los guerreros penetraban en la ciudad confusos y en silencio; las familias lloraban sus deudos perdidos, siguiéndose la ceremonia general de las exequias por los difuntos. (2)

(1) Sahagun, tom. 2, pág. 327-28.

(2) Tezozomoc. MS.